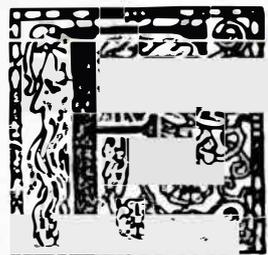


Enrique Molina

# La filosofía en Chile en la primera mitad del siglo XX

## DOS PALABRAS PREVIAS Y AGRADECIMIENTOS



**F**UE una feliz idea de la Universidad de Chile la de ofrecer en los Cursos de Verano de 1951 cuadros de lo realizado en nuestro país en los diferentes órdenes de la cultura durante la primera mitad del siglo. En la realización de este laudable programa me cupo el honor de que se me encargara la parte correspondiente a la filosofía. Huelga decir que este honor se me ofreció sin que lo solicitara. Aun más. Sintiéndome algo implicado, por tratarse de un tiempo en que caen mis modestas actuaciones, empecé por declinarlo, pero se me favoreció todavía con una amable insistencia y cedí a la tentación. Y no he tenido de qué arrepentirme. Ello me ha permitido hacer estudios y observaciones que de otra manera no habría hecho y conocer detenida-

mente algunos escritores nuestros que han resultado para mi espíritu una revelación. Dentro del poco ruido que se hace entre nosotros alrededor de la filosofía y a pesar de mis preocupaciones filosóficas, habían permanecido para mí un poco en la penumbra. A veces me he sentido como un descubridor que estuviera sacando a luz tesoros escondidos.

Por todo lo dicho me complazco en expresar mis mejores agradecimientos al señor Rector de la Universidad de Chile, mi amigo don Juvenal Hernández, y a la Directora de las Escuelas de Temporada, mi amiga señora Amanda Labarca, agradeciendo además muy particularmente al primero, la publicación de estas páginas. Como este trabajo, reducido en la proporción más adecuada posible, fué leído primeramente como conferencia en el Salón de Honor de la Universidad, agradezco también al Director del Departamento de Cooperación Intelectual, mi amigo don Francisco Walker Linares, la presentación de que me hizo objeto, llevada a cabo en forma tan bella y amena y, a la vez, tan bondadosa para mí.

Ya que estamos en el grato momento de la acción de gracias no puedo dejar de darlas por la valiosa cooperación que me han prestado para la ejecución del presente trabajo a mis amigos el profesor don Félix Armando Núñez, al señor Santiago Vidal Muñoz, Secretario General de la Sociedad Chilena de Filosofía, al señor Mario Ciudad Vásquez, Director de la «Revista de Filosofía», y a la señora Corina Vargas

de Medina, Decano de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Concepción.

Para terminar, sólo me queda pedir excusas por lo que el estudio que ofrezco ha de tener de incompleto. He tratado de ser lo más íntegro posible; pero no pretendo haber escrito la historia del período de que me ocupo. Como el subtítulo reza, son únicamente apuntes y recuerdos.

## NOTAS Y RECUERDOS

### I

#### LA HERENCIA QUE RECIBIO EL SIGLO XX

Aspira la filosofía a ser la base y la cúspide del edificio de la cultura; pero, nunca satisfecha con lo que ha llevado a cabo y siempre angustiada por los enigmas que la acosan, vive retocando esas bases y retocando la posición de la cúspide que es el mirador del universo. Lo cual no quita que, a la vez, se afirme la existencia de una filosofía perenne, como veremos más adelante.

En Chile la filosofía no ha sido manjar buscado y preferido por nuestros intelectuales. Son de su predilección la novela, el cuento, el ensayo, la poesía, la historia. Es cierto, sin embargo, que el verdadero poeta no puede prescindir de la filosofía, no para estudiarla sistemáticamente o presentar exposiciones de sis-

temas y doctrinas. No. Al hacer poesía la filosofía lo acompaña como una hermana inseparable, como un flúido espontáneo de su inspiración. El poeta hace filosofía con sus intuiciones. Ellas ofrecen las esencias del fondo de las cosas. La poesía es filosofía vestida de encajes claros.

La penuria filosófica de Chile ha ido, naturalmente, en aumento a medida que remontamos la corriente del tiempo, desde la vida independiente de la nación hacia la época del coloniaje. En esta última no encontramos más que un nombre que valga la pena mencionar y eso en pleno siglo XVIII: el del padre Manuel Lacunza, autor del, en sus días, celebrado libro «La venida del Mesías en gloria y majestad».

En el siglo XIX, sin llegar a la altura que por la magnitud de su obra alcanzaron Lastarria, Bello y Letelier, manifestaron acentuado temperamento filosófico y dedicación a la filosofía Juan Egaña, Ventura Marín y Jenaro Abásolo. El primero nos ha dejado «Ocios poéticos y filosóficos», el segundo «Principios de Filosofía» y «Elementos de Filosofía del espíritu humano», y el tercero, que merece mucho más que la escasa o nula recordación que se le tributa, «La Religión de un Americano», «La América y su porvenir» y «Personalidad». Al lado de don Ventura Marín debemos recordar también entre los cultores de la filosofía en ese tiempo, a don José Miguel Varas, profesor como Marín del Instituto Nacional y que colaboró en la redacción de los «Principios de Filosofía» recién men-

cionados. Los nombrados habían alcanzado a recibir la saludable y estimulante influencia de Bello, que se encontraba en Chile desde 1829. La figura cumbre de don Andrés Bello no es la de un especialista de la filosofía, no ha sido lo que se llamaría un filósofo en nuestros días. Fué eminente como hombre de letras, filólogo, jurisconsulto, crítico literario y ensayista. Que haya escrito una «Filosofía del Entendimiento» no basta para desvirtuar el juicio que acabamos de estampar.

Si le negamos a Bello la categoría de filósofo propiamente tal, con igual razón debemos hacer otro tanto con los demás pensadores más destacados del siglo como Lastarria, Manuel Antonio Matta y Valentín Letelier y con los reformadores sociales como Francisco Bilbao, Juan Nepomuceno Espejo y Santiago Arcos. Todos éstos habían dedicado, sin duda, desvelos a la filosofía; pero vivían ante todo absorbidos por los problemas sociales y políticos y por el afán de atender al progreso y reestructuración de la colectividad. Eran filósofos en el sentido con que lo fueron—y cuyos títulos hoy para el caso no les valdrían—los llamados filósofos de la gran revolución francesa: Voltaire, Montesquieu, Rousseau, Diderot; es decir, publicistas, precursores de sociólogos, filósofos de la historia, reformadores sociales (\*). Más lejos quedan aún de poder

---

(\*) Confirma nuestra manera de ver el Vicepresidente de la Sociedad Chilena de Filosofía, don Luis Oyarzún, en su artículo publicado en el número 1.º de la «Revista Chilena de Filoso-

llevar la denominación que examinamos otros destacados escritores que por sus especializaciones como historiadores o poetas, o por distintos motivos, consagran todavía menos atención a la filosofía, como Barros Arana, Amunátegui, Vicuña Mackenna, Jotabeche, Eusebio Lillo, Salvador Sanfuentes.

Las corrientes ideológicas en que se repartían estos intelectuales eran principalmente dos: la católica y la liberal, predominando con mucho esta última. Las doctrinas de Edgard Quinet y Michelet y, luego, el positivismo y el evolucionismo de Comte, Littré, Stuart Mill y Spencer, fueron las fuentes en que liberales y reformadores bebieron su inspiración.

A propósito de positivismo debemos mencionar a los ilustres hermanos Juan Enrique, Jorge y Luis Lagarrigue que lo abrazaron con verdadera devoción religiosa desde sus postulados filosóficos y científicos hasta la adopción de la religión de la humanidad. No se podrá decir de ellos que fueran dilettanti. Han sido, principalmente don Juan Enrique, verdaderos apóstoles de una nueva doctrina ya superada en el orden filosófico propiamente dicho. En cuanto a su influencia como predicadores de la religión de la humanidad fué muy escasa.

En los últimos decenios del siglo pasado fué figura

---

«*filosofía*» con el título de «*Lastarria y los comienzos del pensamiento filosófico en Chile durante el siglo XIX*», capítulo de una obra próxima a salir a luz, que se denominará «*El Pensamiento de Lastarria*».

señera de la intelectualidad chilena y americana don Valentín Letelier. Lo fué también en los dos primeros de la presente centuria. Entre los que éramos estudiantes universitarios allá por el año 90 gozaba con razón de un prestigio enorme, aunque aun no había dado a luz ninguna de sus obras fundamentales. Antes del año indicado aparecieron sus ensayos «La Ciencia Política en Chile» y «Por qué se rehace la historia», ambos premiados en los Certámenes Varela que por esos años organizaba y pagaba el millonario don Federico Varela.

Pero los jóvenes de entonces teníamos además otros motivos para admirar a don Valentín. Gozaba de verdadero renombre como brillante profesor de Derecho Administrativo. Los artículos que publicaba con regularidad en «La Libertad Electoral» eran vibrantes y ardorosos, empapados en ideas avanzadas y armados de una dialéctica contundente. Muchos de esos artículos fueron reunidos después en un volumen que apareció con el título de «La Lucha por la Cultura». Los informes y vistas que expedía en su calidad de Fiscal del Tribunal de Cuentas salían basados en sólida doctrina y eran luminosos y claros. Agréguese a esto todavía que su personalidad moral, su honradez y honorabilidad se destacaban en nuestro horizonte intelectual y social límpidas y sin sombra. Era así natural que lo consideráramos como el más señalado guía espiritual de nuestro tiempo.

Pero no era de extrañar tampoco que, como buenos

estudiantes, mezcláramos a la admiración la broma. Don Valentín iba a pasearse, invariablemente, todas las noches a la Plaza de Armas con su señora y su hija única, Beatriz. Entonces se comía mucho más temprano que ahora. El número de los concurrentes al paseo era reducido, de manera que la presencia del ilustre profesor y su familia constituía para nosotros un hecho muy notorio. Si admirábamos al padre por su valor intelectual y cívico, también admirábamos a la hija por su hermosura sana y esplendente que tenía algo de lozanía primaveral. Una noche alguno de nosotros preguntó cuál sería la mejor obra de don Valentín. Ya había publicado su «Filosofía de la Educación». Pero sin vacilar todos estuvimos de acuerdo en que esa obra era Beatriz.

Muy poco más tarde apareció la segunda obra importante de Letelier, «La Evolución de la Historia», fruto del amplio desarrollo dado al ensayo laureado pocos años antes, y al que ya hemos hecho referencia, con el título de «Por qué se rehace la Historia». La «Evolución de la Historia», es una erudita interpretación del desenvolvimiento social, hecho igualmente desde el ángulo positivo y constituye una buena introducción a la metodología de la historia y a las investigaciones históricas y sociales.

El señor Letelier servía todavía a la cultura nacional dando a conocer en «La Ley», por medio de noticias bibliográficas, obras importantes aparecidas en el extranjero. De esta suerte tuve conocimiento, entre

otras, de la «Educación de la Voluntad» de Julio Payot, de los «Problemas de la Historia» de L. Bordeaux y de «El Derecho Civil y los Pobres» de Anton Menger, que ejercieron en mi formación espiritual una gran influencia.

Por último debo mencionar las otras dos obras capitales de nuestro pensador: «Génesis del Derecho» y «Génesis del Estado» (1).

\* \* \*

Con lo expuesto hemos llegado a la portada de nuestro tema propiamente dicho y podemos preguntarnos qué herencia legaba entre nosotros en el orden de las orientaciones espirituales el siglo pronto a desaparecer, al nuevo siglo. Fué una expresión muy frecuente en aquellos años la de «fin de siglo» como significativa de algo raro o decadente. Si bien la respuesta a la interrogación que acabo de formular va a ser breve y ha quedado insinuada ya en líneas anteriores, no carece de importancia porque indica cuál fuera en nuestro siglo el punto de partida para el pensamiento en Chile. Estaban frente a frente, tal cual se ha dicho, las doc-

---

(\*) En la confección de este capítulo me ha servido mucho el interesante y bien elaborado estudio del egresado de la Escuela de Educación de la Universidad de Concepción, señor Raúl Inostroza Fuentes, titulado «Algunos ensayistas chilenos (Contribución al estudio del ensayo filosófico en Chile), memoria presentada para optar al título de profesor de Castellano.

trinas católicas, de tendencia conservadora, y las positivistas y cientistas, que alimentaban las corrientes liberales, portadoras como bandera de la fe en el progreso y la lucha por él. De las reacciones contra el positivismo que ya se manifestaban en la filosofía contemporánea poco o nada se sabía en Chile.

Pronto sufrí en mi propia alma un impacto consecuente de la supervivencia de ese positivismo anquilosado. Concurrí al Congreso Científico Panamericano que se celebró en Santiago en 1908 y, fuera de un trabajo pedagógico, llevé un estudio sobre «El Pragmatismo o la Filosofía de William James». Esta había alcanzado en esos momentos una gran difusión en el mundo occidental; pero de ella nadie se ocupaba en Chile. Para el pragmatismo no hay verdad objetiva, no hay verdad en sí; son verdaderas la representación y la idea que sirven para la acción. Puntos de vista que yo no compartía y criticaba en mi ensayo por considerarlos formas de escepticismo. Sin embargo, cuánta rica aplicación pueden tener en el campo de la creencia. A nadie le es dado afirmar con certidumbre que exista para el hombre una vida de ultratumba; pero nadie puede afirmar tampoco que no exista. Con modestia y humildad intelectual podemos tomar ante este misterio una actitud pragmatista y con recogimiento hundirnos en la búsqueda del mejor camino para nuestra actividad, para sacar del fondo del ser nuestra realidad espiritual. No habiendo leído este estudio en el Congreso lo ofrecí poco después para dictarlo como

conferencia en la Universidad de Chile. El Secretario General, mi buen amigo doctor don Luis Espejo Varas, muy ilustrado y de espíritu inquieto y alerta, lo aceptó gustosísimo, pero me dijo que fuéramos a consultar sobre el particular al Rector. Desempeñaba accidentalmente este cargo un ingeniero de gran reputación y prestigio, Decano de la Facultad de Matemáticas. Me presentó a él don Luis y a su proposición respecto de mi conferencia accedió en el acto; pero luego, mirándolo entre compasivo y sorprendido, y como si yo no estuviera ahí, agregó: «Que haya, hombre, gentes que se ocupen de estas cosas todavía». Válgame Dios, tan desconsiderado ex abrupto me cayó como un balde de agua fría. No eran, por cierto, palabras para alentar a un joven que estaba haciendo de la filosofía su estudio predilecto. Don Luis y yo no contestamos nada, nos despedimos y nos retiramos en silencio, yo con las piernas un poco inseguras. Para la actitud del Rector, que respecto de mí había constituido una manifiesta falta de tino, encontré luego una explicación en cuanto al estado mental de que provenía. El buen señor pertenecía seguramente a esa generación de hombres progresistas de nuestro país que en los años del siglo pasado, entre el 60 y el 90, creían que el positivismo significaba el ápice definitivo del pensamiento humano, más allá del cual no había que buscar nada ni inquietarse por nada en materia de temas trascendentales. Ignoraba la existencia de James y la de Bergson y Eucken también, por supuesto, y

no sospechaba que la metafísica, condenada por el positivismo a relegación perpetua, renacía lozanamente en las preocupaciones del espíritu. De aquí su extrañeza al ver que en este rincón del mundo alguien se preocupara de tales para él tan anticuadas y estériles especulaciones.

## II

### EL GRUPO DE PANTESIS.—VALENTIN BRANDAU.—LA FILOSOFIA DE LESTER F. WARD.—ALEJANDRO VENEGAS

He relatado el incidente anterior como un corolario natural de mi referencia al positivismo y por parecerme muy característico para apreciar la situación de la filosofía en Chile a principios del siglo.

Con anterioridad a él, desde los primeros cinco años de nuestra centuria un grupo de jóvenes estudiosos dió pruebas de su afán por ahondar en los problemas sociales, educacionales y filosóficos. Recuerdo de entre ellos a Valentín Brandau, Guillermo Labarca Hubertson, Luis Ross Mujica, Alejandro Parra, José Pinochet Lebrun. Aunque el cenáculo no era propiamente de literatos figuraban en él también poetas como Diego Dublé Urrutia y Samuel A. Lillo y escritores como su hermano Baldomero. Publicaron una revista llamada «Pantesis», de corta duración. Fuera de las obras de los hermanos Lillo, que por lo demás no son filosóficas, y de un pequeño libro de Alejandro Parra,

titulado «Yo», si mal no recuerdo, el grupo de «Pante-sis» no dejó consignadas en libros sus inquietudes. De los nombrados sólo Valentín Brandau ha seguido valientemente en la brecha combatiendo con la pluma por sus ideales sociales y políticos. Samuel A. Lillo ha seguido tañendo su noble lira, pero esas son notas que quedan fuera de estos apuntes. Las bases de su filosofía se las ha dado a Brandau también el positivismo y su credo político es el liberal. Entre sus armas dispone del arsenal de una rica ilustración. Su estilo es claro y vigoroso. Los artículos en que Brandau con lógica y argumentación aceradas y contundentes ha estudiado y criticado el comunismo y el régimen soviético han alcanzado merecida resonancia.

No debo tardar más en apuntar una conferencia que dicté un año antes que la ya mencionada sobre el pragmatismo. Había estado estudiando desde algún tiempo las doctrinas del sociólogo norteamericano Lester F. Ward. Entre sus obras, todas sólidas y de alto mérito, es particularmente atrayente la titulada «The Psychic Factors of Civilization». Mencionemos además su «Pure Sociology» y su «Dynamic Sociology». Ward es un sabio del siglo XIX, de formación positivista y evolucionista y de concepciones psicológicas y sociales muy amplias. Sus ideas ejercieron sobre mí mucha influencia, en especial dos de sus tesis. La del meliorismo, actitud activista, término medio entre el optimismo y el pesimismo, en que Ward hace suya la divisa de Stuart Mill cuando dice: «¿A qué hemos venido al

mundo?» — A dejarlo un poco mejor de como lo hemos encontrado». En estos atormentados días del siglo XX se podrá pensar tal vez que esas plácidas perspectivas del siglo XIX se hallaban todavía bastante teñidas de optimismo. La otra tesis de Ward a que me he referido es la de la sociocracia, o sea, aquella en que preconiza una organización colectiva en que, limitando y poniendo atajo a las pretensiones y rapacidad individuales, predominen los intereses sociales.

En postdata de una de sus cartas don Valentín Letelier, entonces Rector de la Universidad del Estado (1907), me dijo escuetamente: «¿Quiere venir a darnos una conferencia por doscientos pesos?». La invitación no fué ni más ni menos. Acepté y, aprovechando mis estudios sobre Lester F. Ward, fuí a dictarla. Luego se publicó bajo el título de «La Filosofía de Lester F. Ward», quedando incorporada más tarde en mi libro «Filosofía Americana», donde también aparece mi estudio sobre el pragmatismo.

Mi conferencia sobre Ward significó una de las primeras publicaciones teñidas de socialismo que han aparecido en Chile. Así me lo manifestó a los pocos días después de mi disertación Tancredo Pinochet, que no es hombre que se le encoja el alma por temor a novedades, innovaciones peligrosas o tendencias revolucionarias. — «Pero su conferencia, hombre, me dijo, con un si es no es de reproche, era puro socialismo».

La filosofía propiamente dicha no debe comprender sino la teoría del conocimiento, la metafísica, que se

confunde en parte con la ontología y la axiología o teoría de los valores que se infunde en la ética. O sea, las disciplinas que dicen relación con la indagación del ser y con la actitud del hombre ante él. La psicología, la lógica y la estética que se suelen hacer figurar como partes de la filosofía son, si se quiere, satélites de un sistema cuyo astro central es la metafísica, pero constituyen ya ciencias particulares autónomas. Mirándolas desde el punto de vista estricto y restringido me he permitido decir anteriormente de algunos buenos escritores llamados filósofos dentro y fuera del país que no son nada más que publicistas. Pero, por otra parte, rompiendo el precinto estrecho, he considerado entre los filósofos a reformadores sociales como Francisco Bilbao y Santiago Arcos.

Siguiendo en el aprovechamiento de esta licencia filosófica voy a ocuparme de un reformador social y político salido de las filas del profesorado nacional. Este es Alejandro Venegas, eminente educador y una de las figuras sobresalientes del primer curso de nuestro Instituto Pedagógico. En Chillán, en cuyo Liceo era profesor de Castellano y Francés, sufrió Venegas un descalabro amoroso que lo afectó profundamente. Fruto de este dolor fué su pequeña narración «La Procesión de Corpus», fantasía evangélica que Venegas escribió en Talca, a donde había sido trasladado en calidad de vicerrector y profesor del Liceo, y publicada bajo el seudónimo de Luis del Valle, en una colección de folletos de propaganda libertaria que Pedro

Godoy daba a luz a principios del siglo. En las páginas de «La Procesión de Corpus» campea un abnegado concepto de la vida y una ejemplar elevación moral. Se halla escrita además en un estilo a la vez vigoroso, correcto y atildado. El autor asiste a una procesión de Corpus en la plaza Santo Domingo de Chillán. La descripción de la festividad es excelente, es un modelo en su género. El autor, buscando un lugar de recogimiento íntimo, ha penetrado al templo dejado solitario y ahí, en la figura de un hombre pensativo y triste que ha huído también del bullicio externo del culto, se le aparece Jesús, a quien reconoce por sus palabras y porque ha ido tomando, poco a poco, los contornos luminosos del profeta inmortal. De los labios de Jesús brota, como lluvia de fuego, una crítica acerba de la sociedad actual, de la Iglesia, de la guerra, pero es crítica orientada por la ideología evangélica de un cristianismo primitivo y puro. No es más amarga que la que ya se encuentra, por ejemplo, en el «Elogio de la Locura» de Erasmo, y en las obras de Voltaire y de Zola.

Conmovido por la elevación espiritual de su interlocutor, Jesús le promete poner en sus manos la felicidad, y aquél le abre su pecho entonces y le confiesa que ama a una mujer y que, «aunque ella también lo ama, no se cree debidamente correspondido y desearía inspirarle un afecto hondo, una pasión ardiente». Rechaza los ofrecimientos que le hace Jesús de la fortu-

na, del poder y del donaire físico, porque ella no es codiciosa, ni ambiciosa, ni frívola.

«Señor, agregó, no me des la hermosura del cuerpo, dame la del alma. Alumbra mi inteligencia, dame talento, purifica mi corazón, hazme virtuoso. Hazme justo, Señor, hazme sincero, dame el valor necesario para decir siempre la verdad, para hacer lo bueno, para defender al oprimido y para impugnar a los opresores.

«Comunicame, Señor, tu benevolencia para con todos, tu acendrado amor a los débiles, a los pobres, a los desgraciados. Fortaléceme para ahogar en mi pecho el egoísmo. Cuando el dolor me abata, ayúdame, Señor, para no caer en la abyección buscando en los vicios un consuelo. Aleja de mí el rencor; ennoblece mi alma para que pueda olvidar las ingratitudes y perdonar las ofensas.

«Abre, Señor, mi corazón a la belleza; quisiera contemplarla, sentirla, embriagarme en ella y tener el don de expresarla: hazme artista, Señor. Pintor, para trasladar al lienzo su rostro divino; músico, para conmover su corazón con celestiales melodías; poeta, para cantarle en armoniosos versos las penas del alma... »

Estas palabras recuerdan las elevadas lucubraciones de algunos diálogos de Platón.

Pero la tragedia acechaba al pobre enamorado.

«Una mano fatídica—dice él mismo—comenzó a interponerse entre nosotros, tratando con maña infernal de infiltrar en su alma inocente ideas y sentimientos que hicieran imposible la armonía entre los dos». El

dolor de Venegas fué inmenso. Cayó en la mayor desesperación. Buscó, «como un hombre sin carácter, un anestésico para sus nervios, en el juego, en la orgía y la lujuria, y en todo, no encontró más que un alivio momentáneo, del cual caía en un abatimiento aun más lastimoso».

El suicidio llegó a parecerle el único bien que le quedaba.

En medio de estas negras circunstancias se le aparece de nuevo Jesús, esta vez en su alcoba, y lo amonesta por su debilidad. Como el autor se queja de que su mal proviene de haber amado mucho, Jesús le replica y la obra termina con el siguiente magnífico diálogo:

«Eso no basta, dice Jesús; ese amor es vulgar, egoísta y, por sí solo, no conduce más que a una felicidad efímera. Cuántos habrás visto que como tú han creído sentir pasiones sobrehumanas, han sufrido ansias y angustias indecibles, y, cuando han alcanzado el logro de sus deseos, han visto convertida en humo la dicha eterna que soñaron. Muchos de los millares de matrimonios desgraciados que conoces fueron el fruto de amores como el tuyo.

«Amar así no es suficiente para obtener la felicidad: no basta amar a la que ha de ser compañera de la vida, a los hijos, a los padres, a los hermanos y parientes: nuestro afecto debe extenderse a los que nos rodean, a nuestro pueblo, a nuestro país, a nuestra raza, a la humanidad entera».

«El amor a la mujer y a la familia tiene todavía mucho de egoísmo; es uno de los primeros pasos en el progreso de nuestra especie, y nos es común con muchos animales de clases elevadas. Mientras más grande es el círculo que abarca el amor, es más altruista y proporciona mayor suma de felicidad».

—«Pero, Señor—le interrumpí—yo amo a todos».

—«Los amas con los labios; pero no es amor el que no se manifiesta en acciones. ¿Qué has hecho tú por tus semejantes? Preocupado solamente de ti mismo, cantando tus alegrías o lamentando tus pesares, ni siquiera te has dado el trabajo de tender tu mirada un poco más allá del barrio populoso y elegante, y no sabes que a unos pasos de esta casa hay centenares de desgraciados para quienes tus desventuras fueran descanso y alegría. Nunca has pensado en las injusticias humanas; tú mismo, ¿no eres uno de los privilegiados? ¿Sabes cuántos infelices mal alimentados y peor vestidos tienen que trabajar desde el alba hasta la noche, helándose de frío en el invierno y tostándose al sol en el verano, para que tú vivas en la abundancia, vistas bien y mantengas tus vicios?»

—«Yo quiero ser bueno; dirígeme, Señor».

—«Pues bien, despréndete de las mezquindades que te rodean, desprecia ese medio deleznable en que has vivido y baja al pueblo; conócelo; pon el oído en su corazón y el dedo en sus llagas, y después lánzate a luchar por él, convenciendo con la pluma y la palabra, y persuadiendo con tu ejemplo».

—«¿Y qué podré hacer yo solo, Señor? ¿No me abrumarán los poderosos? ¿No se levantarán en mi contra los mismos por quienes voy a combatir?»

—«¡Cobarde! ¡Así piensan los pusilánimes!»

—«¡Soy débil!; ¡ fortaléceme, Señor!»

—«Si quieres ser feliz, si quieres elevarte como un cóndor, sobre las redes mezquinas que te mantienen aherrojado, cierra los ojos y sígueme. No repares en lo mucho o poco que podrás hacer, porque en verdad te digo que ninguno de tus sacrificios, ni el más mínimo de tus esfuerzos será perdido para la redención de la Humanidad. Y si te vieres solo y despreciado en la lobreguez de una cárcel o en el banco de un patíbulo, comprenderás entonces la dicha inenarrable que esclarece los últimos instantes de los mártires de una causa grande y noble.

«Cuando enclavado en una cruz por orden de los que se creían perjudicados por mi doctrina y beñado por los mismos infelices que yo quería redimir, la fiebre de la agonía agolpaba la sangre en mi cerebro, no vi en el delirio supremo de la muerte los espectros y fantasmas que horrorizan al vulgo de los hombres; pues ante mi vista se desplegó el cuadro espléndido de la realización de mis sueños más queridos: la Humanidad toda pasó delante de mí, sonriente, dichosa, sin odios, sin vicios, sin abyecciones, sin tiranías . . . Un solo sentimiento, el amor más desinteresado, y una sola aspiración, el progreso y el bienestar de la comunidad, los unían a todos. Entonces, al ver en este dichoso extra-

vío de mi mente realizada mi obra, fué cuando en el paroxismo de la felicidad exclamé: ¡Consumatum est!

«Sigue el camino que te he mostrado y serás feliz».

Dijo y desapareció aquella visión consoladora y sólo entonces, como si volviera de un éxtasis, vine a ver el espléndido rayo de sol primaveral que, entrando por la ventana, dibujaba sobre la alfombra una lámina de oro refulgente. Abrí los postigos y una oleada de aire fresco y perfumado me acarició el rostro. El cielo de un azul diáfano e intenso; los Andes, al frente, con una pureza de contornos admirables, la plaza llena de luz y alegría, con sus aromas que habían descogido al viento sus áureas guirnaldas, con sus olmos y fresnos, cuyas yemas hinchadas parecían próximas a abrirse, con su alfombra de césped tachonada de gotas de rocío diamantinas: todo se presentaba a mi vista extraordinariamente bello; en todo se manifestaba el aliento vital de la primavera... ¡Ay, y también en mi corazón había desaparecido el invierno y sonreía la luz engendradora de las grandes esperanzas!».

Una de las cosas dignas de notarse en este bello final que, como dirían Schopenhauer y Nietzsche, fué escrito con sangre, es que él envuelve un programa, todo un superior programa humano, y que al escribirlo Venegas no hizo mera literatura. Se sometió a él y lo cumplió fervorosamente con su labor de educador en el Liceo de Talca y escribiendo sus libros «Cartas a don Pedro Montt» y «Sinceridad» Venegas quiso

contribuir al análisis de nuestra situación nacional que le inquietaba y a la busca de los remedios más acertados para nuestros males.

Nuestro autor escribió sus libros con honradez profunda. No podía esperar de ellos ninguna ventaja material, ni ascensos, promociones ni honores, como que ni uno ni otras obtuvo. Peor que esto: el segundo, fuera de algunas satisfacciones morales, no le trajo más que persecuciones y amarguras.

También fueron honrados, serios y amplios los estudios preliminares que hizo. Además, a fin de recibir impresiones directas, recorrió el país de norte a sur. El mismo lo dice: «así conocí la vida de los inquilinos de nuestros campos, visité las minas de Lota, Coronel y Curanilahue, para observar la de los que extraen el carbón; penetré al interior de la Araucanía para conocer la situación de nuestros indígenas, recorrí las provincias de Coquimbo y Atacama para formarme concepto de la de nuestros legendarios mineros, y, por último, en Tarapacá y Antofagasta comí en una misma mesa y dormí bajo un mismo techo con los trabajadores de las salitreras, para poder escribir con conciencia sobre sus necesidades y miserias» (\*).

Tras estas líneas escuetas, de sencillez espartana, hay un heroísmo impresionante. Venegas hacía estos

---

(\*) De una página autobiográfica escrita por Venegas al optar al cargo de Secretario del Consejo de Instrucción Primaria en 1921, cargo que no obtuvo.

viajes, que no eran de recreo sino de esfuerzo, en vacaciones, sin sustraerle un solo día al cumplimiento de sus obligaciones del Liceo. Los hacía por su propia cuenta, a costa del miserable sueldo que percibía. Tenía que viajar con pasaje de segunda o tercera clase y hasta en cubierta de los vapores. ¿Habrá habido algún personaje del escalafón administrativo capaz de semejantes sacrificios por amor a su país?

Pero como a la vez era todo un señor funcionario, Venegas tenía que guardar las apariencias. El Vicerrector y profesor del Liceo de Talca no podía exponer en estas andanzas su respetabilidad social. Venegas se disfrazaba y viajaba de incógnito. Se teñía de rubio la cabeza, el bigote, la barbita y con su tez morena resultaba un raro tipo de gringo, mezcla de inglés y de mongol. En esta facha solía, como un buhonero, vender él mismo sus propios libros.

Las «Cartas al Excelentísimo Señor don Pedro Montt sobre la crisis moral de Chile en sus relaciones con el problema económico de la conversión metálica» aparecieron en 1909 y el autor firma con el seudónimo del Dr. J. Valdés Cange. En el prólogo se anuncian los propósitos del autor y se inicia la crítica social que va a ser la materia de la primera carta. Señala los peligros que amenazan a la sociedad y al Estado y quiere que los chilenos despierten de la indolencia en que viven al respecto. «No vemos, dice, como va acumulándose a nuestro rededor el combustible que puede el día menos pensado inflamarse y abrasar el edificio

que hoy consideramos incontrastable». Es tendencia dominante del escritor un vivo interés por el pueblo, y volver a él y educarlo se indica como el principal remedio para los males de la colectividad. «Un pueblo envilecido por la miseria, dice, no se redime con unos puñados de oro lanzados a su rostro; se degrada más. El único remedio es una acción social vigorosa y perseverante para cambiar sus hábitos y elevar su nivel moral» . . . «es preciso que todos abramos los ojos, nos demos cuenta cabal del terreno que estamos pisando, y unamos nuestras voluntades y nuestros esfuerzos para cambiar los rumbos de las clases llamadas dirigentes, a fin de que todos volvamos al pueblo y le redimamos haciéndole partícipe de nuestra cultura, nuestras virtudes y nuestra felicidad». No ha sido otro en substancia, en nuestros días, el canto de guerra de los partidos avanzados.

En la primera carta se acentúa la crítica social. «Estamos tan perfectamente connaturalizados con toda especie de vicios, expresa Venegas, que ya no sabemos si colocar a la moralidad en el departamento de la tontería o en el de la locura».

Y siguen los detalles del sombrío cuadro:

«En el afán de acumular riquezas nadie repara en medios, ni hay para qué reparar, puesto que la sanción social no existe, o más bien dicho, está lastimosamente invertida, porque el que gana ilícitamente una fortuna, no sólo no recibe censuras, sino que alcanza aplausos y lisonjas.

«Es la falta de valor moral el síntoma más alarmante de esta sociedad enferma; casi me atrevería a decir que más que un síntoma es la dolencia misma. En efecto, si se buscan las causas primeras de las prevaricaciones, los robos, los escándalos, las grandes caídas, la prostitución de familias de buen tono, encontramos como principal y casi siempre único origen la cobardía moral, en unos para afrontar dignamente las adversidades, en otros, para resignarse a la condición modesta que le cupo en suerte, y en los más para censurar los actos que repugnan a su conciencia».

Las censuras y admoniciones del autor suelen tomar tonos que recuerdan las graves palabras de los profetas antiguos. En otros momentos cambia de cuerda y, siguiendo a Larra, emplea la burla, la sátira y la ironía.

La crítica está hecha en términos generales, sin personalizar, y en no pocos de los puntos que toca sería aplicable a los años posteriores hasta la época actual.

Esta valiosa obra cayó poco menos que en el vacío. Escasamente se habló de ella y no se comentó en la prensa. El desesperado grito del doctor Valdés Cange no fué oído. Sin embargo, es un hecho que su espíritu obra en las actuales tendencias de izquierda.

Cualquiera que sea el ángulo de donde se mire el libro que hemos analizado no cabe negarle a su autor algunos méritos indiscutibles. En medio del caos económico en que hemos venido viviendo—que ha conducido a unos a una resignación apática, a otros a ejercitar la listeza para aprovecharse de las circunstancias

—Venegas se dedicó a estudiar a fondo el problema con la mayor imparcialidad, sin ningún propósito de lucro, trabajó hasta formarse claras convicciones sobre él y tuvo el valor de publicarlas francamente, a fin de orientar la opinión por la senda en que divisaba la salvación del país.

\* \* \*

«Corría el año de mil novecientos diez y el país se preparaba para celebrar con todo boato y dignidad, dice Armando Donoso (\*), el primer Centenario de la Independencia. Mientras se levantaban los arcos triunfales y se redactaban, en el recato de las bibliotecas, los grandes discursos conmemorativos; en los momentos en que toda la nación iba a vestir sus arcos de gala y sus mejores joyas para recibir a los hermanos de América, en el día del primer centenario de su vida independiente, un modesto profesor, ignorado, en un tranquilo liceo provinciano, preparaba, tras largas vigili-  
as, la obra que iba a constituir el más imperecedero obsequio, en la hora misma de la fiesta».

Trabajaba el profesor hasta altas horas de la noche, o desde la mañana temprano, antes de que saliera el sol, para no desatender ninguna de sus ocupaciones diarias.

«Sinceridad.—Chile Intimo en 1910», título de la nueva obra, escrita también en forma de cartas, dirigi-

---

(\*) Estudio citado.

das esta vez al Presidente electo don Ramón Barros Luco, no cayó en la indiferencia general como las «Cartas a don Pedro Montt». Se trató, sí, de ahogarla en una conjuración de silencio; pero se desencadenó sobre ella y sobre su enigmático autor una tremenda tempestad sorda.

Me parece que «Sinceridad» ocupa un lugar único en la literatura chilena. Poco antes de 1890 aparecieron las «Cartas de Severo Perpena», seudónimo de don José Francisco Vergara, pero son otra cosa. Según mis recuerdos, porque no he vuelto a leerlas, Perpena hace retratos y paralelos de los políticos de su tiempo; se burla un poco de ellos, y denuncia sus manejos e intrigas. Perpena escribe con amable ironía y estilo ameno. Sus cartas despertaron mucho interés y fueron muy leídas. Eran una especie de prolongación de las charlas y chismografías de los salones y clubes de Santiago y Valparaíso. Sin dejar de dolerse de lo mal que va la cosa pública, objeto principal de sus «Cartas», Perpena no traza un cuadro de la situación general del país, como lo hará Venegas. El estilo de éste, sin carecer de amenidad, es más bien vigoroso, y esgrime con más frecuencia la sátira que la suave ironía.

En las «Cartas a don Pedro Montt», Venegas ha señalado el origen de todos nuestros males en el papel moneda de curso forzoso. En «Sinceridad» persigue los efectos mórbidos de esta calamidad en todas las actividades públicas y privadas. Traza un cuadro objetivo y patético de la agricultura, de la minería, de las in-

dustrias fabriles, de la administración pública, de las municipalidades, de la corrupción política, electoral y legislativa, de la enseñanza oficial y privada, de la separación amenazante que existe entre las clases sociales y de las miserias del pueblo. El cuadro revela amplia información que no se ha escatimado esfuerzo para recoger.

No se hicieron críticas por escrito a «Sinceridad». En el comentario roedor que corría de boca en boca; en los corrillos, en la sombra de las oficinas, se decía de su autor que era antipático, pesimista, y que había dado a la publicidad cosas y escándalos que debieran ser guardados en perpetuo silencio. Los afectados personalmente por el libro, aunque en él no se da ningún nombre, y los representantes de las instituciones afectadas, se arrebataron en contra del autor, lo declararon un individuo vitando y no pudieron reconocerle ninguno de sus positivos valores.

Contra lo que se acaba de afirmar, vemos en Venegas a través de «Sinceridad» un patriota optimista que concluye proponiendo reformas que estima salvadoras. Vemos además en él un escritor de vena satírica, cualidad que debe haber contribuído a concitar la irritación despertada a su alrededor.

El amor a Chile y a sus clases desvalidas y el constante ahinco por el mejoramiento de nuestras condiciones son sentimientos predominantes en las más de las páginas del libro. Por reacción fustiga a los que con-

sidera culpables, causantes, cómplices o aprovechadores del malestar general.

Ya en su vibrante Dedicatoria a la juventud manifiesta su confianza en los mejores tiempos que han de venir. «Pero no vayáis a creer, oh jóvenes, dice, que mi libro es la elegía del desaliento, ¡no!, tengo fe en las fuerzas vitales de nuestra raza joven, tengo fe en que hay muchos elementos dañados que pueden regenerarse, y, más que todo, tengo fe en vosotros que todavía no estáis corrompidos». . . «Jóvenes, tengo fe en vosotros: por eso mi libro, al cuadro desgarrador de nuestra situación actual agrega el programa de las reformas que habrán de regenerar a nuestro país y llevarlo a un porvenir grandioso»

Su inquietud ante una ruptura inminente de la paz social y su preocupación de todo momento en favor del pueblo lo hacen dirigirse al futuro Presidente de la República en los términos siguientes:

«Pero es necesario abrir los ojos para remediar males que de un momento a otro pueden producir una catástrofe. Si vos pudierais dejar por unos días los palacios y descender a los conventillos de las ciudades, a los ranchos de los inquilinos, a las viviendas de los mineros o a los campamentos de las salitreras, vuestro corazón se enternecería y vuestro rostro se enrojecería al ver la vida inhumana que llevan las tres cuartas partes de vuestros conciudadanos» (\*) . . . «Quisiera con-

---

(\*) «Sinceridad», pág. 219.

tar con el espacio suficiente para llevaros a la miserable habitación de un hombre del pueblo, y mostraros su vida con su mujer y sus hijos, tal como yo he tenido oportunidad de verla por motivo de mi profesión, y entonces comprenderíais lo grosero del sofisma con que se disculpan los magnates de su indolencia, cuando dicen que el obrero es desgraciado porque es vicioso, y os convenceríais de que en realidad es vicioso porque es desgraciado, porque, por más que trabaja, las necesidades no desalojan su cuarto humilde, porque necesita estímulo para sus nervios extenuados, porque necesita distracciones y no las encuentra honestas más que a un precio que él no puede pagar» (\*)

El, Alejandro Venegas, ha descendido a los tugurios a que invita al Presidente electo, no por motivo de su profesión, como dice para mantener el incógnito en que se envuelve, sino por un imperativo de su corazón y de su civismo. Los conoce todos a lo largo de la República. La descripción que hace de las condiciones demográficas de Iquique y de la vida de los trabajadores de las salitreras es dantesca. ¿Qué decir de los infelices pescadores de Valparaíso? «No hay que alejarse mucho de los barrios elegantes. Basta dar un paseo por el Camino de Cintura, o subir a la población que media entre el cerro de la Artillería y el Parque de Playa Ancha, donde viven los pescadores en casuchas de tablas, sin desagües, al lado de la que-

---

(\*) «Sinceridad», pág. 221

brada en que se pudren en una agua verdosa los intestinos y demás despojos de los peces que no han conseguido vender y han puesto a secar al sol sobre las enramadas de sus albergues. Id, señor, y entonces os explicaréis el porqué de los estragos espantosos que anualmente causan allí las enfermedades infecciosas; id y sentiréis indignación contra los opulentos magnates, dueños de aquellas pocilgas, y contra las autoridades que las toleran» (\*).

«Haciendo caudal de todas sus observaciones, dice Armando Donoso, de sus pacientes estudios, de sus prolijas experiencias, escribió Venegas un libro amargo, acaso el más descarnado de cuantos se hayan concebido en América, sin olvidar la «Mercurial Eclesiástica» de Montalvo, el «Manuscrito del Diablo» de Lastarria, o «Pueblo Enfermo» de Arguedas. En medio de la cobardía colectiva significa un alto ejemplo de salud moral el valor de un hombre, de todo un hombre, que practica la autopsia de una sociedad movido por un incorruptible deseo de mejoramiento y de verdad (\*\*).

\* \* \*

Pocos libros me han llegado en los últimos tiempos tan a la entraña como «Sinceridad» en la segunda lec-

(\*) «Sinceridad», pág. 165.

(\*\*) «Alejandro Venegas, estudio preliminar de «Por propias y extrañas tierras», pág. 34.

tura que acabo de darle. Y no creo que ello se deba a la honda amistad que me ligara al autor ni a la evocación nostálgica de tantas cosas vividas en aquellos años. No. Es la actitud de aquel hombre que ahora he visto en toda su grandeza como no lo había visto antes. Sin compartir todas sus ideas, notando en ellas exageraciones, apasionamientos e intransigencias, no es posible dejar de reconocer que la pureza y el valor de su actitud son únicos. Parece poseído de un delirio dionisiaco para decir lo que estima la verdad, toda la verdad. Nuevo Quijote, hidalgo de la pluma, arremete sin contemplaciones contra todo lo que se aparta de sus austeros valores. No halaga ni contemporiza con nadie; no trata de asegurarse ni el aplauso de la prensa ni la aprobación ni la protección de nadie. Aquellos a quienes sirve su corazón no podrán salir en su defensa. Podrá decirse lo que se quiera de la obra de Venegas, pero no cabe desconocerle su elevado propósito, la noble aspiración que lo animaba y que con su propia austeridad y sus sacrificios se había conquistado el derecho a ser severo. Y ¿cómo quejarnos de la crítica de un hombre cual Venegas cuando hemos vivido y vivimos abrumados por la crítica diaria más implacable hecha con móviles políticos? ¿Cómo no añorar más bien su actitud absolutamente desinteresada, su perfecta abnegación al servicio del país y de los principios que deben reglar las relaciones de los hombres? Venegas no escribió para medrar ni para alcanzar el poder. Convivió con el pueblo; comió en una misma

mesa y durmió bajo un mismo techo con los inquilinos de los campos sureños y con los trabajadores de las salitreras; sufrió las durezas de las cubiertas de los vapores al lado de los pobres; pero no para pedirles su voto y encumbrarse con él, sino para servirlos, incógnitamente, como una invisible sombra del Evangelio, sorprenderles sus verdades y sus dolores, hacerlos suyos y exprimir de esta viña sombría el jugo agrio de su «sinceridad».

Escrito en el Liceo de Talca, oasis de tranquilidad en medio de un ambiente adverso, en un cuarto sencillo, que bien ha merecido los honores de celda de un anacoreta, el libro recién comentado, fuera de los valores ya mostrados en él, es un documento de importancia fundamental para la vida de Chile en los primeros años del presente siglo.

«Sinceridad» y las demás publicaciones de Venegas fueron el fermento del ambiente social que condujo al movimiento de reformas de 1920, brillantemente encabezadas por don Arturo Alessandri Palma hasta incorporarlas en una legislación social de lo más avanzada. Entre las piezas de esta legislación debemos mencionar como la más sobresaliente el Código del Trabajo, debido al talento y preparación de Moisés Poblete Troncoso, que supo interpretar las patrióticas aspiraciones del señor Alessandri.

## III

CONFERENCIAS SOBRE LA FILOSOFIA DE BERGSON.—CONFERENCIANTES EUROPEOS: L. LEVY BRUHL, EL CONDE KEYSERLING.—MIS ESTUDIOS SOBRE LO ESPIRITUAL EN LA VIDA HUMANA, LA REVOLUCION RUSA, LA MORAL DE LA FILOSOFIA GRIEGA Y NIETZSCHE

De entre las reacciones contra el positivismo, de las cuales ya hemos mencionado el pragmatismo, la más notable y poderosa ha sido la llevada a cabo por la filosofía de Bergson. Empezó en los últimos años del siglo anterior. La primera obra significativa del gran pensador francés, sus «Datos Inmediatos de la Conciencia» apareció en 1888. Pero vino a despertar mi interés Bergson poco antes de 1910. Probablemente se lo debí a alguna noticia dada por don Emilio Vaisse (Omer Emeth), el ilustrado crítico de «El Mercurio». Antes nadie se había ocupado de él en Chile. Empecé por tratar de adentrarme en la *Evolución Creadora*. Pero, después de haber leído más de cien páginas, arrastrado por la magia y música del estilo, me di cuenta de que no iba penetrando en la doctrina sustancial del autor y dejé por el momento el libro. Conversando en Berlín, en 1912, con el ilustre profesor de su Universidad, Jorge Simmel, me dijo éste que Bergson era el más grande filósofo de nuestra época. Sorprendido y espoleado por esta apreciación, de regreso

a Chile, me puse de nuevo a estudiarlo con ahinco, animado esta vez del propósito firme de llegar a penetrar su pensamiento. Fruto de tal empeño fueron tres conferencias que a fines de 1914 dicté en esta Universidad (\*). En ellas expuse y analicé las doctrinas fundamentales de Bergson: su nueva defensa de la libertad y sus interpretaciones del tiempo, del espíritu y de la vida. No dejé de manifestar mi disconformidad, en parte, con el espíritu bergsoniano. Más tarde he propuesto otra concepción del espíritu, de la que más adelante hablaremos en estos apuntes. Sobre la hipótesis de Bergson de la existencia de un impulso vital original (élan vital), teoría vitalista sobre el origen de la vida, decía que era un *deus ex machina* que no explicaba nada. Debo confesar que esta crítica me parece ahora injustificada. El misterio del comienzo de la vida se yergue siempre ante nosotros indescifrable. El paso de la nada a la existencia no puede darlo el pensador sino en alas de suposiciones de su imaginación creadora. Si no concebimos un Dios supremo hacedor del Ser y de la vida y aceptamos la idea spinoziana de un Ser eterno e infinito, existente por sí mismo, tenemos que suponer en él las potencialidades de la vida y del espíritu. El impulso vital original de Bergson no es otra cosa que la encarnación de esas potencialidades. Pensando de una manera algo análoga propondremos más adelante la con-

---

(\*) La del Estado.

cepción en el seno íntimo del Ser de un imperativo de existencia. Por lo demás, cualesquiera que sean los reparos que puedan formularse, las suposiciones del gran filósofo y los cuadros que de ella se derivan son magníficos.

Mis conferencias salieron a luz poco después en un folleto bajo el título de «La Filosofía de Bergson». Juntándolas con un estudio que llevé a cabo en esos años sobre Juan María Guyau, aparecieron en 1925 en un volumen bajo el nombre de «Dos Filósofos Contemporáneos—Guyau-Bergson».

En el mismo año publiqué el volumen de «Por los Valores Espirituales», volumen de estudios y ensayos, muchos de ellos filosóficos.

Que los filósofos extranjeros dados a conocer por mí eran muy de actualidad lo probó, al poco tiempo, el profesor de La Sorbona L. Levy Brühl que, invitado por la Universidad de Chile, vino a dar tres conferencias en 1921. Su tema general fué «Últimas corrientes del pensamiento contemporáneo», y dentro de él se ocupó de las filosofías de James, Bergson y H. Poincaré. Yo había tratado ya de los dos primeros hacía quince años y seis años, respectivamente.

En 1929 dió el conde Herman Keyserling, en el Teatro Municipal de Santiago, tres conferencias que tuvieron un éxito extraordinario. Las dictó en un castellano bastante tolerable. Interrogado por mí sobre su aprendizaje de nuestro idioma, me dijo que lo había hecho en pocos meses en la República Argentina. Co-

mo yo le manifestara mi admiración por la rapidez de su aprendizaje y le observara que, seguramente, le habría servido mucho para el caso su dominio del latín, me contestó con cierto énfasis que no, agregando que él aprendía los idiomas extranjeros sumiéndose en el alma del pueblo adonde llegaba. Confieso que no le pedí ningún detalle sobre este singular método, de manera que no estoy en situación de dar mayores explicaciones al respecto. Las disertaciones de Keyserling versaron sobre perfiles de nuestra cultura en el actual momento histórico y sobre la necesidad de darle un claro contenido espiritual. Noté cierta similitud entre la tesis del conde filósofo y algunas lucubraciones que yo venía haciendo desde hacía años sobre la vida social y las leyes que fuera posible señalar para su desarrollo; sobre el progreso y la parte principal que corresponde en él a los inventos, a las ideas nuevas de la inteligencia creadora del hombre, siempre que consistan en inventos enderezados al bien. Consideré conveniente no silenciar mi pensamiento por más tiempo y pocos meses después de Keyserling dí a mi vez en esta Universidad tres conferencias sobre los asuntos indicados. Ampliadas con nuevos estudios y reflexiones se convirtieron en un curso de filosofía que ofrecí en la Universidad de Concepción en 1935 y que ha sido publicado en un volumen con el título «De lo espiritual en la Vida Humana». De su esencia doctrinal me ocuparé al término de estas páginas.

Principalmente para orientar a los estudiantes en

algunos problemas sociales y también para definir mi actitud entre comunismo y democracia di en 1933 tres conferencias sobre la revolución rusa y el régimen soviético. Critiqué en ellas el comunismo y los sistemas totalitarios y señalé la democracia como la forma de gobierno más adecuada para el cultivo y mejor desarrollo de la personalidad humana. En la última conferencia, un numeroso grupo de comunistas encabezados por el poeta Vicente Huidobro armaron una batahola infernal. Primeramente, en diferentes partes de mi disertación, lanzaron interrupciones y gritos para perturbarla y al término de ella se intensificó la gritería, pidiendo la crítica de las impugnaciones que había formulado al régimen soviético. Huidobro era el vocero de los manifestantes. No me retiré inmediatamente, escuché a Huidobro y contesté sus observaciones, reafirmando mi fe en la libertad y en la democracia. Así se ofreció en esos momentos el cuadro paradójal de que se presentara como defensor de las clases trabajadoras (y explotadas, según los comunistas), un aristócrata, hijo de millonario, que no había trabajado nunca, por lo menos para ganarse la vida, y como enemigo de ella, por ser defensor de la democracia (de la burguesía explotadora según los comunistas), alguien que no había poseído jamás ni fundos ni fábricas y que no había hecho otra cosa, en sus largos años, que trabajar educando. Fuerza de carabineros vino a poner término a la baraúnda. Las mencionadas conferencias salieron a luz poco después en un pequeño volumen

titulado «La Revolución Rusa y la Dictadura Bolchevista». Poco repararon los políticos en esta obra y en el problema sobre que llamaba la atención, que ya era un problema mundial y que en una docena de años pasó a ser en nuestro país el problema por antonomasia, de candente y angustiosa importancia.

Al año siguiente di en la Universidad de Concepción un curso sobre filosofía griega, fruto de la cual ha sido el volumen llamado «La Herencia Moral de Filosofía Griega». En él he puesto de relieve las virtudes preconizadas por los sabios de la Hélade como la *sofrosine*, la *ataraxia*, el justo medio, el «abstente y soporta»; y puesto de relieve también a grandes figuras de pensadores cuales Sócrates, Platón, Aristóteles, Epicuro, Epicteto, Marco Aurelio.

Coincidente casi con el centenario de Nietzsche (1944), hice un curso sobre este filósofo. Simpatizando con su personalidad, tan austera como sufriente y doliente, no pude, sin embargo, dejar de poner en claro sus contradicciones, su egolatría, y de criticar la mayor parte de sus doctrinas: el superhombre, la voluntad de poder, el eterno retorno, el culto de Dionysos. En este último punto sostengo que el camino de perfección del hombre se halla en el paso de Dionysos a Apolo, en el dominio de sí mismo, en el triunfo de la razón sobre el instinto, en lo que éste no tenga de indispensable para la vida. Este curso se halla contenido en mi libro «Nietzsche Dionisiaco y Asceta».

## IV

DOS PENSADORES ESPECULATIVOS.—CLARENCE  
FINLAYSON-JORGE MILLAS

Voy a ocuparme ahora de los escritores que han dedicado, entre nosotros, sus vigili-as a la filosofía. Todos son jóvenes y su producción corresponde al segundo cuarto de siglo.

Al denominar el presente capítulo *Dos Pensadores Especulativos* y el siguiente *Dos Moralistas* no pretendo establecer una distinción perfectamente definida. Se trata sólo de una clasificación aproximativa. Desde luego los señores Finlayson y Millas, los pensadores especulativos, no lo son en igual grado. El señor Finlayson se complace más en lo abstracto que el señor Millas y ambos no dejan de ser también moralistas. Por otra parte, a su vez, los señores Varas Sasso y de la Cuadra, designados por mí como moralistas, no lo son exclusivamente ni permanecen extraños a la especulación, el señor de la Cuadra en mayor proporción que el señor Varas Sasso.

## CLARENCE FINLAYSON

Nació en 1913 y en los últimos años de su permanencia en nuestro país desempeñó los cargos de profesor de filosofía y bibliotecario de la Universidad Católica de Santiago. En 1939 se trasladó a Estados

Unidos de Norteamérica para actuar como profesor en la Universidad de Nôtre Dame. Luego ha ejercido actividades docentes y de divulgación filosófica en diversas universidades y establecimientos educacionales de Norte, Centro y Sud América, como Harvard, Boston, la Universidad Nacional Autónoma de México, de donde es Doctor Honoris Causa, la de Panamá, la Central de Venezuela, la Católica Pontificia Bolivariana y la de Antioquia. Estas dos últimas en Colombia, país donde Finlayson reside actualmente.

Nuestro joven filósofo ha publicado hasta ahora las siguientes obras: «Aristóteles y la Filosofía Moderna (1936)», «Analítica de la Contemplación», «Intuición del Ser o Experiencia Metafísica» (1939), «Dios y la Filosofía» y «El Problema de Dios» (1949). No han llegado todavía a mis manos estos dos últimos trabajos; pero en una excelente información que me ha proporcionado sobre Finlayson el Secretario General de nuestra Sociedad Chilena de Filosofía, encuentro que Ives Simon ha declarado respecto de «Dios y la Filosofía» que «es una de las más bellas obras de metafísica de nuestro tiempo» y que García Bacca ha dicho de la misma «que coloca a los escolásticos de lengua española en lugar de honor junto a los filósofos franceses».

*Aristóteles y la Filosofía Moderna* es un estudio histórico fundado en amplia información y que pone de manifiesto la ilustración general del autor. Analiza los puntos esenciales de la metafísica aris-

totélica y los compara con las doctrinas de Hegel y Bergson. Aunque a veces un poco abstruso, el estilo es animado y con notas de exaltado y atrayente entusiasmo. En sus últimos párrafos dice así:

«En los arcanos misteriosos del espíritu, el Yo, encerrado en su prisión—análoga a la excogitada por el genio platónico—labora con materiales extraños a sus «eidos» transformándolos a su semejanza, a su naturaleza, pero jamás—y teniendo plena conciencia de su acción—llega a conseguir conocerlos en su intuición positiva. El esfuerzo, de lograr acercarse a ese ideal que vislumbra su deseo intelectual, forja concepciones analíticas y eidéticas—que dan síntesis, quietud para ese Yo, pero quietud incompleta e insaciable, porque se basa en negaciones y analogías lógicas, reflejo lejano de sus eidos, ontológicamente positivo y unívoco. Esa angustia se divisa en los genios de la historia: Platón, Aristóteles, Plotino, Filón, Averroes, Tomás de Aquino, Escoto, Lulio, Vives, Descartes, Locke, Hamilton, Fichte, Schelling, Hegel, Spinoza, Leibnitz, Schopenhauer, Nietzsche, Bergson y otros, cada cual a su manera, han proferido su palabra solemne, soberbia expresión, indicadora profunda de la grandeza y miseria del hombre. Solemnidad potente y cuya elocuencia brota por sí sola, reveladora de ese hondo abismo, donde el espíritu sumergido explora las atmósferas y campea en las alturas, pero sin poder desligarse de la tierra.

«En torno al Ser y a la Nada se juega la metafísica»

sica y la vida de los hombres. Alrededor de la historia del pensamiento de los grandes genios se encarnan las aspiraciones y las tendencias de la humanidad. Desde un punto de vista, tenía razón Platón cuando concebía que la Dialéctica de lo real era el único fondo de la explicación de los mundos, para los mortales que aspiran a una ciencia de principios. Hegel, en su esfuerzo desesperado por intuir el piélago de las trascendencias, manifiesta el eterno conato del genio humano en demanda de síntesis, como el pan intelectual de nuestra vida.

«La tragedia clásica del espíritu está constituida en ese anhelo angustioso en que se encuentra, entre lo que es negativo y analógico y lo que es positivo y unívoco, en esa intuición vaga y nebulosa de vislumbración, de negra angustia—que indica palmariamente y enseña con claridad—la grandeza y la miseria del hombre.

«Si un ser, bajado de otro planeta, nos visitara y manifestara deseos de conocer el grado de nuestra inteligencia y de nuestra civilización, no le llevaríamos ante las máquinas portentosas, ante las soberbias edificaciones materiales, de que tan estúpidamente nos gloriamos, ni aún le conduciríamos ante los laboratorios, donde se generan los progresos y adelantos de la ciencia; le mostraríamos seis o siete grandes concepciones del Universo, y él graduaría nuestra fuerza intelectual por la síntesis y simplicidad contenida en ellas. Y estoy cierto, señores, que Aristóteles ocuparía la supremacía entre esas concepciones.

«Aristóteles hace 25 siglos que descendió a la tumba, y su cadáver se deshizo en polvo. Pero su espíritu flota en la atmósfera, preside nuestras asambleas, dirige aún los derroteros de nuestras modernas investigaciones, y brilla como antaño en las profundidades arcaicas de la *Metafísica*. Aun en política se le cita, y en los otros órdenes campea su genio libremente como campeará bajo el cielo azul y límpido de la Grecia. Se le cita como a un viviente, junto a Bergson, Einstein, Spengler; se le contrapone a Marx, y su autoridad permanece en las alturas como las cumbres de nuestras cordilleras

«Señores: Voy a terminar con una evocación. Retrocedamos dos mil años. Estamos en Atenas, la gloriosa, la cuna del saber. Ese hermoso edificio que miramos es el Lyceum, do enseña el genio profundo de Aristóteles. Penetramos con nuestras togas blancas de filósofos a sus patios delicados y hermosos. Bajo el puro cielo de la Grecia, allí en los atrios en que el arte griego inmortalizó sus formas—se pasea el Maestro «de los que saben» con sus discípulos. Ellos le rodean y escuchan ensimismados. De su elocuencia magnífica brota la miel de la sabiduría, y su mente profunda se refleja en sus palabras que expiran en el aire.

«Esa cultura—dos veces milenaria—se encarna en Aristóteles, y en esa escena, señores, se dibujan todas las maravillas del espíritu helénico... el Maestro explica la sabiduría.

«El mundo actual—en la hora trágica de su des-

contemplación—fija sus ansias en la frivolidad efímera y fenoménica—variable y expirante—que pasará fugaz como pasan las espumas de las olas. Nuestro mundo se adentra en lo que varía y muda, en el fluir eterno de las superficies.

«El Maestro lanzó su mirada a las esencias de las cosas y cifró la felicidad en la contemplación de la sabiduría, en el *Eidos Substratum*, en el Logos, que eternamente se ofrenda a la inteligencia del hombre—siempre insaciable—para brindarle quietud a su espíritu—la quietud de los remansos, la quietud de lo profundo, la quietud de los espacios siderales—la inmensidad solemne de su aspiración hacia lo infinito».

Acaba de mostrarse aristotélico el señor Finlayson. En sus otras obras, de carácter más personal, obedece a su ideología neoescolástica. La existencia de Dios no se discute en ellas, pero Dios alienta en todas sus páginas. No se aducen pruebas de la inmortalidad del alma individual, pero la inmortalidad aparece como un don esencial del espíritu. No pronuncia Finlayson en ninguna parte la palabra optimismo. Los términos optimismo y pesimismo vienen a ser como el anverso y el revés de una medalla que no existe. Pero él es optimista porque el Ser y el Mundo no podrían ser de otra manera de como son. Así nuestro mundo es el mejor de los mundos posibles y cabe sin discusión dentro de la fórmula del optimismo clásico.

Finlayson es un espíritu muy afirmativo. Los procesos metafísicos los describe con seguridad perfecta, sin

el menor asomo de duda. Discurre por los vericuetos de la metafísica sin vacilación alguna. Discrimina sus elementos como si fueran piezas de una maquinaria construída por él mismo. Sus análisis son magníficos y van acompañados de gran riqueza de pensamiento. Aunque pueda uno sentirse no siempre convencido por ellos, no deja de mirarlos como una invitación al meditar y de admirarlos por la profundidad y el vuelo poético que generalmente los anima.

El lenguaje suele ser a veces, por desgracia, poco claro y usa nuestro autor algunos terminachos que nada justifica. ¿A qué, por ejemplo, voces como éstas: las cubrencias de lo real, rupturar por romper, admittencia por admisión, creatural, densación por condensación? ¿Y qué decir de esta expresión que es como una mueca estridente y horrible: «el espíritu se metafisiquea»?

Abre Finlayson su *Analítica de la Contemplación* con estas bellas palabras:

«Considero que lo más grande que posee el hombre es poder asemejarse a Dios. El es creador por unicidad. Crear formalidades es el gran aliciente de la vida; crear sin cesar en nuestra vida moral, intelectual, artística y social; crear como una necesidad de nuestra esencia, como un rebalse pleno de vitalidad, pleno de acción, como una prolongación integral de la vida. Crear es vivir doblemente la vida, con superna intensidad. La vida debe ser integral y simple: aunar sus complejos en un Ideal Supremo, en una substancia

única. Nuestro afán: buscar la unidad trascendente de todas las realidades. Conocer y amar armónica y unitivamente.

«En todas las actividades de los seres radica el amor como causa de la acción. El amor mueve al mundo. Logos sin amor es absurdo. Ambos se compenetran en unidad inefable. Un entusiasmo inmenso de conocer para amar, de amar para consumir la unión, para penetrar integralmente en el ser, y vivir sin cesar en contacto con las supremas realidades. He aquí la vida.

«El misticismo del pensamiento es la vida del pensamiento.

«El apostolado consiste en conducir contemplación a la vida de los hombres.

«He querido ofrecer con estas meditaciones, a ese reducido número de inteligencias que, en pleno siglo de técnica, de afluencia y materia, se levantan a coger la miel de las cosas, a enfrascarse en la contemplación de la idea, una serie de pensamientos sobre los valores supremos de la existencia. Ellos procuran ver nuevos aspectos de la realidad, de originalizar y plantear nuevas tesis de contornos angulares. La ofrendo gustoso a aquel público inteligente que las aprecie, y que más que esto, las puede amar. Me sentiría feliz y satisfecho si el contenido de ellas plasmara en un ideal de vida.

«No me dirijo a los mediocres, a aquellos que siguen la corriente, sin capacidades para crear, ni impul-

«... sos para vivir, despreciando todo lo nuevo y sin querer ver otra cosa que lo que todos dicen, y aun en lo antiguo, sin penetrar en el interior de su espíritu; aquellos que son la rémora de la cultura, que juzgan de afuera y no descubren nunca valores ni adivinan jamás inteligencias».

Y termina su Intuición del Ser en la siguiente forma:

«Todo se descompone y resquebraja al penetrar en nuestro mundo de límites. El tiempo y el espacio son sus medidas exteriores y visibles. En ello estriba toda la tragedia del existir: en desenvolver en el tiempo destino extratemporal, en vivir vida participada, con conocer sombras, en existir con existencia de vida y muerte. Buscamos lo definitivo y se nos da la vacilación. Nuestra vida se presenta como constante prostitución del espíritu; en visión y en creación, lo transformamos en algo que no es él, para iluminarlo y manifestarlo, aquello que es luz y verbo. En el arte especialmente, que atañe al orden existencial porque es creación directamente, introducimos espíritu en materia para expresar espíritu, ocultamos para hacerlo más visible. La vida de lo bello en nosotros, atendiendo a su creación, se nos ofrece así como vacilación de ser por cristalizarse, y es que es el choque de lo simple en lo compuesto, de lo grande en lo pequeño, de lo inefable en la palabra, dado a pausas y con sangre. El conocimiento de que a pesar de todo permanece libre en su cárcel nos rinde satisfacción. El sentimien-

to trágico de la vida y a pesar de todo la felicidad de existir estriba en la visión de esta liberación continua del espíritu a través de la materia, de este rastrearse incontaminado, puro y simple, majestuosamente sereno como una tangente en los puntos todos de una curva.

«Estamos de viaje por fuera y por dentro. Capas del existir se desmoronan y se crean continuamente. Valores eternos que llegan de noche. Nada nos detiene más en el fondo de nuestro propio Yo. Peregrinación de sombra y de sueño... nada nos detiene si queremos ser sinceros. Nuestro propio amor fatigado en las cosas mira hacia lo Eterno. La honda soledad de nuestro espíritu proyecta su sombra hacia el fondo del Ser. En la sollicitación gravitadora de lo Infinito atrayendo el límite, borrando la nada. Dios, continuamente, lucha contra la nada, y la nada va perdiendo cada segundo en una existencia que sale. Lo inmanente tiende a hacerse trascendente, y lo trascendente inmanente: es la ley de la unidad y la unidad es el fruto del amor.

«En ese hálito hacia lo alto que recorre la realidad toda sólo se escucha el grito del amor. Ser y Ser. Dios que pregunta en los seres demandando una respuesta divina. Son los nombres divinos de las cosas. Los hombres preguntan, preguntados por Dios... y la respuesta es Dios. Dios y sólo Dios».

Nuestro autor tiene entraña de filósofo. Es un místico y un poeta de la metafísica.

Jorge Millas. —Nació en Santiago en 1917. Después de terminar los cursos de Humanidades en el Internado Barros Arana ingresó a la Escuela de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Chile. En esta misma Universidad se graduó de profesor de Filosofía en 1943. Después obtuvo el grado de Master of Art de la Universidad de Iowa (E.E. UU. de N. A.) con una tesis sobre psicología. Ha desempeñado la cátedra de Filosofía en el Internado Barros Arana. Ha tenido a su cargo cursos sobre Historia de la Cultura en la Universidad de Puerto Rico y participó en el Segundo Congreso Interamericano de Filosofía celebrado en Nueva York en diciembre de 1947. En el espíritu de Millas, como en todo auténtico filósofo y en todo auténtico poeta, la filosofía y la poesía andan hermanadas y, abrazándose, encienden armónicamente una sola llama que se manifiesta en el bello estilo del escritor.

La obra filosófica de Millas está formada hasta ahora casi exclusivamente por su *Idea de la Individualidad*, premiada con primer premio de ensayo en el Concurso Literario del Cuarto Centenario de Santiago.

La Introducción de la obra ya es muy sustanciosa. Hace primeramente Millas atinadas observaciones sobre rasgos psicológicos del pueblo chileno. Así dice: «La política es uno de los acontecimientos periféricos de la historia y uno de los eficaces resortes de la extroversión y colectivización del hombre. En ella se ex-

presan mejor que en cualquier otro orden de cosas el sentir y el pensar multitudinarios, la mentalidad del hombre accidentalmente impersonalizado. En la política halla el chileno lo que el estadio actual de su evolución necesita: «extroversión y practicismo». Sin embargo, agrega más adelante: «Entre los países de América se distingue Chile por ciertos rasgos de la plenitud histórica, que sólo a través de varios siglos pueden consolidarse. El fundamental de todos estos rasgos a que aludo, el que regimenta a los demás, imponiéndoles su sello, es, sin duda, el de la sobriedad espiritual. Chile es un pueblo sobrio. Esta sobriedad suya, como que está en contraste con otros caracteres pueriles de su imagen histórica, es una anticipación de la que ha de ser, sin duda, su personalidad definitiva en los tiempos de sazón. En épocas de juventud, ni individuos ni países son normalmente sobrios. La sobriedad es esa virtud de la reacción justa, ecuánime, proporcionada ante las cosas. Lo contrario de sobriedad es frenesí, o, como debería decirse en América, tropicalismo. En virtud de un sinnúmero de razones geográficas, históricas, raciales, culturales—que las hay de los órdenes más diversos—los chilenos ponen en sus cosas siempre la fuerza adecuada para el efecto justo. No obstante los pintorescos y lamentables hábitos de la embriaguez popular—hábitos contraídos más por razones exógenas que anímicas—el espíritu nacional es metódico, equilibrado, sereno, contrario a todo exceso, como que el exceso no sea algún accidente desventura-

do, provocado por la atrábilis particular de alguien, que nada expresa desde el punto de vista general.

«El frenesí es una cualidad dionisiaca; la sobriedad, apolínea. Chile posee, pues, una indiscutible mentalidad apolínea, que explica el ponderado ritmo clásico de su evolución cívica y de su organización institucional, y el tipo mesurado, digno, de su literatura, que revela, por sobre todo, una espiritualidad equilibrada, proporcionada, justa, no obstante la profundidad que suele alcanzar en ocasiones. Por eso, sin duda, hay en nuestro país menos chabacanería que en otros de América, no obstante haberla, y no escasamente. Por eso también nuestra sensibilidad es más profunda; junto a otros pueblos podemos, a lo mejor, aparecer frívolos, cuando lo que en verdad ocurre es que somos menos superficiales.

«Ahora bien; así como no hay contradicción entre la modalidad de extrovertidos y practicistas, signo de nuestra adolescencia histórica, y el hecho de darse en nosotros la sobriedad espiritual como nota dominante, tampoco la hay con el hecho de nuestra indiscutible vocación para la poesía. Pero mientras que en el primer caso el hecho que parecía opuesto a la juvenil extroversión del chileno era sólo una manifestación de anticipada madurez, en este otro caso el rasgo aparentemente incompatible con esa extroversión—nuestras grandes aptitudes poéticas—es un fenómeno de igual categoría, que nada excepcional posee, y que en un diverso plano de cosas simboliza idéntica modalidad

espiritual, más refinada, por cierto, que nuestra vocación para la historia, el derecho y la política de partidos».

Avanzando entra nuestro autor en bien pensadas consideraciones sobre la filosofía y nuestra falta de auténtica disposición para ella. «Buena parte de quienes en Chile se preocupan de temas de filosofía—dice—sienten por ella, más que vocación y angustia, curiosidad, y más que una necesidad satisfacen en sus aledaños un propósito de esparcimiento intelectual. No es tal vez el caso de todos, pero sí el de los más, lo que ocurre, no por lamentable accidente, sino, como hemos podido mostrarlo, por histórica regimentación.

«La filosofía, que es el estadio más elevado del pensamiento, no es, sin embargo, un mero ejercicio del intelecto. En el sistema probo y pulcro de las ideas tiene, sin duda, la filosofía su expresión más genuina y su más directa finalidad. Pero esos son nada más que sus resultados. Anterior a ellos, y haciéndolos posibles, se encuentra el padecimiento filosófico, la angustia de los problemas, el desconcierto original ante el hombre y el mundo. El filósofo antes de pensar ha tenido que vivir sus ideas; tiene, pues, para él plena vigencia el proverbio latino «Primum vivere deinde philosophari», aplicación ésta mucho más justa que la que suele dársele por ahí con ánimo ligero. Habitados a manejar representaciones creemos penetrar por ellas en las cosas mismas; diestros en el uso de los conceptos, creemos que en ellos está cuanto quiso significar el

hombre, olvidando que son sólo esquemas de la fluidez del pensamiento que los generó, y que el pensamiento mismo no es sino una función de lo viviente, y que la vida, en fin, no es sino una forma de la realidad. El curioso de la filosofía, el pedagogo de ella, la busca como un pretexto para el ejercicio de su virtuosismo intelectual. La aprende o la enseña en lo que ella tiene de periférico y sobrepuesto, mientras que se le escapa lo que hay en ella de decisivo: el descubrimiento del misterio, y la experiencia de la sorpresa y angustia consiguientes».

Concluye la Introducción hablándonos del espíritu y propósitos de la obra en los siguientes términos:

«Como tal experiencia, la filosófica, no sobra entre nosotros, este libro, como hay varios en América, vivido, sentido, padecido por su autor, se aventura a una malandanza al entregarse a la pública curiosidad. Hay el peligro de que lo que en él es problematismo, sea tomado por ideología, y que la descripción de sus experiencias se tache de intención proselitista. Sin embargo, lejos de mí todo ánimo de proponer a las gentes sólo ideas, pensamientos, juicios, razones. Si hay algo o mucho en el libro que pueda tomarse como tal, puede el lector dejarlo como cosa complementaria en relación con lo decisivo, que es su propósito de comunicar un modo viviente de sentir y comprender al hombre, sentimiento y comprensión que suponen un acto de originaria intuición de sus esencias.

«En este libro se propone una doctrina del hombre,

una concepción que implica un modo peculiar de sentir y valorar la propia y ajena existencia.

«Propongo, pues, una concepción del ser individual, una teoría de la individualidad, nada nueva tal vez, pero susceptible de engendrar una fuerza espiritual que salve nuestras vidas náufragas. Fundada en la experiencia inmediata del vivir, del existir del hombre, su punto de partida es la intuición que tiene cada cual de sí, la que da a la vida personal un contenido. Apartándome de toda teoría preconcebida, mi tarea ha consistido en una descripción pulcra, exacta, de los hechos de la experiencia inmediata de nuestra individualidad psicológica. Aspiro a conducir al lector a una intimidad profunda, donde su ser pueda contraerse puro, simple, esencial, en el seno de la propia conciencia, como el tímido caracol en la hermética soledad de su refugio».

En la primera parte de la obra se investiga sobre los contenidos de la individualidad.

«¿Qué experiencias forman los supuestos esenciales de nuestra persona, es decir, de la irreductible unidad de nuestro ser? Temporalidad, libertad y racionalidad son tales supuestos; sobre el cañamazo de esas realidades, entre sí asociadas, compenetradas, confundidas casi, se teje la imagen de la individualidad que cada cual es, y que no puede dejar de ser sino superficial y provisoriamente. La individualidad es un drama; no está jamás hecha de modo definitivo; se hace continuamente. Es por eso su historia una afirmación y nega-

ción constantes de sus más reales esencias. Hasta dónde la negación de lo individual es posible, y qué tiene ella de efectivo, es lo que se muestra en la segunda parte, al tratar sobre el simbolismo de lo impersonal. Ciertas fuerzas, las fuerzas impersonales, atacan de continuo la individualidad y en ocasiones lesionan, ya que nunca extinguen, su realidad profunda. Entre ellas, la política y el Estado son las de más volumen y eficacia. Esa concepción permite apreciar con cierta exactitud el significado verdadero del drama contemporáneo, drama agudo como pocos en la Historia: la beligerancia entre una conciencia individual poderosa, insobornable, creciente, y los poderes sociales que, dotados de gigantesca magnitud, procuran su aniquilamiento. Otrora fueron las potencias físicas las que, confabuladas en un espectáculo de poderío inmenso, amenazaron la seguridad del hombre, la prosperidad del ser individual a que un sino invencible nos conduce. Hoy son las potencias sociales, tan poderosas como aquellas, y como aquellas tan temibles. Es absurdo, naturalmente, oponer a los hechos la melancolía; a los acontecimientos, la romántica nostalgia de lo que pudo ser y no fué. Pero es absurdo también someterse a lo que amenaza nuestra propia realidad. Lo justo, lo humano, lo «histórico» es oponer al devenir ciego, la acción consciente; al ataque, la resistencia; a la fatalidad, la voluntad creadora. El hombre ha de esperar la muerte vigilante, despierto, vivo, y así no se habrá traicionado a sí mismo, anticipándole su obra».

Ahondando en su tema busca Millas las constantes del espíritu, o sea, de nuestra individualidad; pero antes se dilata en consideraciones muy interesantes sobre el resentido, el resentimiento y el escepticismo a que conduce. «El resentido—dice—no vive la vida desde sí, sino desde los demás; por una rara alteración del orden natural de las cosas, la vida de los otros hombres, sus personas, ideas, valores y existencias, realidades todas del mundo objetivo, se han hecho subjetivas en él, han llenado su conciencia... El hombre normal hace de lo exterior materia viva de sí, parte de su ser, asimilándolo a su propia esencia (en cambio); el resentido enquistado dentro de sí lo extraño, lo conserva como objeto irreductible, en virtud de su incapacidad para disolverlo normalmente en la corriente de la experiencia. La presencia enquistada del mundo exterior en el alma resentida crea un tipo de afectividad *sui generis*, tipo que se caracteriza por la pérdida de la sensibilidad estimativa... Por eso el resentido tiende, naturalmente, a la postura escéptica; ella le sirve de manera muy eficaz para trastocar el estatuto de los valores reales, degradando el más excelente de todos: el estatuto de la verdad. Originariamente llámase escéptico al individuo que, provisto de una extremada cautela para creer, hace de la duda una actitud intelectual casi sistemática. El escéptico carece de convicciones, y no sólo por haber dejado de adquirirlas, sino por faltarle la convicción inicial, aquella que es fundamento de todas las demás: la confianza en

la verdad misma, la creencia en la posibilidad de su existencia y aprehensión».

Nuestro autor no figura entre los escépticos ni menos entre los resentidos.

«En el obrar del hombre—dice—hay la conciencia—nótese bien—la conciencia del ser su yo el manantial originario de toda acción posible. A esta conciencia del yo como fuente primigenia de la actividad del ser propio es lo que la filosofía llama la voluntad... Mientras en la naturaleza toda manifestación de energía es siempre derivada y periférica, en el hombre la actividad psíquica es originaria y central».

Dentro del testimonio de la conciencia, «dentro de la experiencia interna somos testigos de nuestra propia libertad... El hombre es testigo de su propia libertad, como lo es de su desmoronamiento en la dirección del tiempo que fluye. Ambos hechos, tiempo y libertad, son las condiciones necesarias en que se nos aparece la experiencia del yo, las dos formas del ser del hombre ante sí mismo, en suma, las dos constantes del espíritu.

La temporalidad sólo puede existir para una conciencia libre. Si nuestro ser no fuera incierto, móvil, dinámico, y además estuviera rigurosamente determinado en cada uno de sus momentos, de tal manera que uno fuera la mecánica secuencia del otro, no percibiríamos duración alguna de nuestro ser, nos contemplaríamos en bloque cada vez y no habría para nosotros la conciencia tan real que poseemos de la incertidumbre

e indeterminación de nuestro futuro. Libertad y tiempo hacen, pues, la persona que somos y que, llamándola con un nombre propio, la tenemos por el hecho más incontrovertible de existencia».

Al sistema y régimen de las ideas y conceptos los llama Millas acertadamente *r a c i o n a l i d a d*. La racionalidad es un correlato de la libertad. Sin racionalidad no hay libertad y sin libertad no hay racionalidad. Nosotros agregaríamos: tal situación significa el régimen del instinto, etapa anterior a la razón en el desarrollo de la vida.

Las ideas (los universales, dicho en forma escolástica), son tan reales como el mundo que esquematizan y su realidad consiste, no en ser arquetipos de las cosas, como quería Platón, sino objetos o contenidos de la conciencia del hombre.

El contenido de la idea es el repertorio condensado de todos los contenidos intuitivos. Los universales no serían sino la condensación o, si se quiere, la penetración recíproca de las representaciones concretas. En el fondo de nuestros actos de ideación habría una inestabilidad o movilidad activísima de la conciencia que oscilaría entre los extremos de toda la serie de los concretos posibles, posándose en cada uno de ellos. Los universales no vendrían a ser sino la virtualidad total de todo un género posible de acciones concretas, o en otros términos, una dirección específica de nuestra actividad a través de un número indeterminado de posibilidades concretas.

Así los universales constituyen la medida exacta de la indeterminación constante de la vida del hombre, el esquema justo de la proyección de nuestro ser en el futuro, latitud de posibilidades, estatuto regulador de la actividad venidera del ser.

Los universales y el régimen de todos ellos, la racionalidad, son, como repertorios de lo posible, como latitud de la indeterminación, según se ha dicho, el correlato necesario y adecuado de nuestra libertad, que encuentra en la idea una latitud de oscilación para su determinación eventual. Esto no quiere decir que la indeterminación de nuestra voluntad sea puramente racional; al contrario, nuestra voluntad oscila con bastante frecuencia entre polos afectivos. Mas el acto a que ella tiende, el hacer mismo que es su término—hacer esto o aquello—se da en imágenes y éstas se condensan en conceptos. Por eso, la idea es, precisamente, la aneja latitud de nuestra indeterminación. Se confirma la esencial correspondencia que existe entre racionalidad y libertad.

(Continuará)